

Lunes XIII del TO
Ciclo B



1 de junio de 2024

Am 2, 6-10.13-16

Sal 49

Mt 8, 18-22

P. Eduardo Suanzes, msps

En la versión de Lucas Jesús se dispone, con determinación, ir a Jerusalén, porque ya había llegado el «*tiempo de salir de este mundo*». Aquí no: Jesús quiere evitar la popularidad de masa y quiere ir a la otra orilla del lago. Y es como si Mateo a partir de ahora abriera un paréntesis que se cerrará cuando se llegue a la otra orilla cuando diga: «*llegado a la otra orilla...*» ¿Qué es lo que sucede dentro de este paréntesis? Las escenas que se mencionan —las condiciones para seguir a Jesús y la tempestad calmada— están enlazadas por una especie de común denominador: el verbo «seguir»¹.

En efecto. La mención de «*la otra orilla*», justamente antes de los dos relatos de vocación que vienen a continuación, es de vital importancia porque estos servirán de marco introductorio al episodio de la tempestad calmada que vendrá inmediatamente después. «*La otra orilla*» correspondía a regiones paganas de Galilea. Es la zona de la desinstalación, del conflicto, de las dificultades fuera de la seguridad controlada de Israel. Y es que Dios no puede quedar limitado a una sola tierra, grupo o persona, sino que es para todos los hombres, más allá de las fronteras de lo propio. Tal propuesta es conflictiva, pues implica muchas renunciadas egoicas y grupales, y es arriesgada, pues supone abrirse en amor a un medio que puede reaccionar con hostilidad. Se trata de ejercer una misión de trabajo y esfuerzo porque supone también ir a la tierra problemática de los paganos.

Y es cuando, habiendo mencionado su intención de ir a «*la otra orilla*» le salen al paso dos personajes (en Lucas, ayer, eran tres) y a través de ellos Jesús nos va a decir que su seguimiento es de una exigencia radical.

En esta versión, el primer personaje es «*un letrado*»², que reconoce en Jesús un maestro superior a sí mismo y se ofrece a seguirlo, aparentemente, sin condiciones; pero lo hace desde el voluntarismo, desde su iniciativa, sin haberse encontrado previamente con Él, sin haber tenido la experiencia de Él. Digo que aparentemente no pone condiciones porque, en realidad, el letrado está suponiendo que el camino de Jesús tiene un término. Jesús lo niega: toda su vida, hasta el momento de su muerte, va a ser una pura entrega, sin instalación ni descanso. Mientras que los animales gozan de la seguridad de un cobijo, él se ve obligado a la inseguridad más total. Rechazado por todos, no tiene casa ni patria: hasta morirá solo, abandonado por los suyos. El discípulo ha de ser consciente de la condición de «*apátrida*» e itinerancia de Jesús, que *no tiene donde reclinar la cabeza*; el discípulo ha de participar

¹ JOSÉ CABA. *De los evangelios al Jesús histórico. Introducción a la Cristología*. Ed. BAC. Madrid, 1980

² ...en Lucas era "alguien"

en esta misión del maestro. Seguir a Jesús, aparte de dejar atrás las cosas, implica desarraigarse socialmente, sin casa o techo fijo que cobije, sin lugar de pertenencia.

El discípulo que se pone en camino con él se expone al mismo rechazo, a la misma inseguridad, al mismo odio. En el orden de la realidad de cada día, el seguimiento no procura una existencia brillante y confortable, sino inestable, despreciada y hasta amenazada.

En realidad le está advirtiéndole que el don de sí es indeterminado, que no puede poner condiciones y que su seguimiento será saltar a una vida sin control, viviendo sin arrimo y a la intemperie. Por tanto, o se vive de la experiencia de Él o se estará condenado al fracaso.

Al segundo personaje, sin embargo es Jesús quien lo llama, porque se menciona que es un discípulo, además de que le dice: «*Tú sígueme*». Aquí hay una experiencia de Jesús previa. Sin embargo, el que es llamado quiere enterrar primero a sus muertos, cosa normal: quiere enterrar a su padre antes de comprometerse; además lo hace apelando a uno de los deberes más sagrados de la sociedad judía. Jesús le responde con una frase extraña: «*Tú sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos*». La respuesta, tomada literalmente, es tan brutal, que hay que pensar en un sentido teológico.

El llamativo «*que los muertos entierren a sus muertos*» juega con el doble sentido de la palabra "muertos": el físico y el espiritual. No sólo están muertos los que han fallecido sino también los vivos sometidos a la Ley y a la tradición simbolizada por el padre. Bajo este simbolismo, el padre es el pasado, y hay que vincularse al nuevo presente-futuro del Reino de Dios, porque "lo viejo" (Ley-tradición) genera muerte, mientras que el Reino es un ámbito de "vida".

Por tanto, en primer lugar «el padre» representa la tradición, el modelo al que hay que ajustarse. De hecho, «dejar al padre» significa independizarse de la tradición transmitida por él. La orden de Jesús puede significar que el discípulo, que ya lo sigue, tiene que desentenderse de ese pasado, romper su dependencia de tradiciones humanas. «*Los muertos*» mencionados en primer lugar son los que profesan esas tradiciones; «*sus muertos*» son figura de las tradiciones mismas. El mundo de la tradición es un mundo de muerte. La tradición muerta engendra muertos. Lo que está aquí mostrando Mateo es que el discípulo, por tanto, no había roto definitivamente con su pasado, estaba enganchado todavía a él, considerándolo aun como un valor positivo por encima de Jesús.

Por otro lado, lo que le está diciendo Jesús a ese discípulo es que el don de sí es una llamada a servir la Vida; Jesús es la vida, por eso le dice «*tú sígueme*». Es la Vida la que reclama al discípulo y la que proclama el Maestro. Jesús le está diciendo, que su libertad será plena si se entrega a la Vida, no a la muerte.